FL 03 80

Los comienzos de la filosofía griega, autor Emilio Crespo, fecha de emisión 12 de febrero de 1981. Los comienzos de la filosofía en la Grecia Antigua están inseparablemente unidos a los orígenes del pensamiento científico. En realidad, se trata de la misma cosa.

En efecto, no se sabría decir si es un filósofo o un científico, el hombre que como tal es de Mileto, en el siglo VI a.C., elabora una doctrina que hace derivar toda la naturaleza del agua y que además propone una teoría acerca de las crecidas del Nilo e inventa un sistema para medir las pirámides, basado en la longitud de la sombra que proyectan. Lo que caracteriza a estos pensadores, hasta comienzos del siglo V a.C., es más bien el rechazo, o al menos el abandono, de la explicación mítica y genética del mundo y de las cosmogonías que, como la de Hesíodo y otros poemas semejantes ahora perdidos, explicaban el origen de la naturaleza. Desde un punto de vista positivo, el rasgo capital de estos pensadores es la investigación de la naturaleza y fisis es la palabra clave para comprenderlos.

No hemos de imaginar, por supuesto, a estos hombres como pensadores de oficio ni como filósofos profesionales en el sentido actual del término. Es probable, por ejemplo, que Tales no haya escrito nada. Muchos de ellos, por otra parte, intervinieron activamente en las luchas políticas de su Estado.

Así, los pitagóricos en el sur de Italia propugnaban una política aristocrática, mientras que, por ejemplo, Empédocles participó en el derrocamiento del régimen oligárquico de Agrigento. Las investigaciones de estos pensadores son más bien el fruto de viajes, el resultado del mejor conocimiento de otros pueblos y, sobre todo, su predisposición a zaumatzein, a mostrar su extrañeza admirada e inquisitiva ante cualquier fenómeno observable de la naturaleza. Es inevitable mencionar aquí la región de Jonia, es decir, la franja costera occidental de la península de Anatolia, en la que se encuentran Mileto, patria de Tales, Anaximandro y Anaximenes, Colofón, lugar de origen de Jenófanes, y Éfeso, patria de Heráclito.

Junto a Jonia, el otro centro importante de actividad es la zona sur de la península italiana, además de Sicilia, donde vivieron Pitágoras, natural de Samos, Isla frente a Mileto, Parménides y Empédocles, estos dos últimos ya en los comienzos del siglo V a.C. Llama la atención el hecho de que en Grecia, propiamente dicha, no existan en esta época más que algunos nombres secundarios o semidesconocidos. Por supuesto, esto no se debe a la casualidad. Es natural, por un lado, que los habitantes de las colonias estuvieran más desarraigados de las creencias tradicionales.

Por otro lado, la prosperidad económica de las nuevas tierras explotadas frente a la escasez de la Grecia continental debió de estimular el contacto con otros pueblos, así como la toma de conciencia de su propia realidad distintiva frente a los que no eran griegos. Finalmente, el comercio puso en contacto a los jonios con otros pueblos, entre los que hay que mencionar al menos a egipcios y fenicios. Lamentablemente, la carencia de datos no permite hacer

afirmaciones muy precisas.

También hay que lamentar la pérdida de las obras que escribieron. Además, la obra que Teofrasto, discípulo de Aristóteles, escribió acerca de ellos, titulada Physicon Doxae, es decir, Opiniones de los Físicos, también se ha perdido, aunque otros autores aún posteriores transmiten ciertas noticias que debían estar en su mayoría tomadas de la obra de Teofrasto. El hábito de la mayoría de los tratados de Aristóteles, que suele hacer una exposición de la doctrina de sus predecesores, es la fuente más importante, aunque no siempre está exenta de dudas, porque, como es natural, Aristóteles suele exponer muy sumariamente las ideas de éstos, y en general con cierta intención polémica.

Por tanto, el conocimiento fragmentario que poseemos, en su mayor parte máximas de interpretación poco segura, es una traba importante. En el caso de Pitágoras, la tradición neopitagórica y neoplatónica hizo de su figura un ser maravilloso y legendario, y por esa misma razón es difícil separar lo puramente fantástico de lo histórico en las noticias que se nos dan acerca de su persona. Como ya se ha dicho, lo que caracteriza a éstos pensadores verdadero origen y fundamento de la ciencia occidental es el abandono de las teorías cosmogónicas.

Sin embargo, no hemos de suponer que ésta revolución fue un paso consciente y meditado desde la tierra de los mitos al mundo de la ciencia y la razón. Subsiste aún en éstos filósofos cierto elemento teológico, porque la pregunta acerca de la esencia de la naturaleza, la argé de la physis, implica la pregunta acerca de lo divino que hay en ella. Todo está lleno de dioses, al decir de tales.

Además, hay que reconocer la presencia de estímulos venidos de Oriente, que en Mileto fueron antes conocidos gracias a su ubicación geográfica y a sus contactos colonizadores y comerciales con otras partes del mundo entonces conocido. Finalmente, hay que señalar que la poesía homérica proporcionaba también estímulos evidentes. Así, a nadie se le puede ocultar la relación existente entre las teorías de Tales acerca del agua como elemento primigenio de la naturaleza y algún verso homérico en el que se dice el océano, que es la génesis para todos.

Tampoco está muy alejada de la cosmogonía esiódica como interpretación del mundo la investigación de la argé de la naturaleza, el principio causal de la physis. El abandono del mito y la confianza creciente en el saber humano logrado con esfuerzo no son un brusco salto en el vacío, sino producto de una lenta evolución en la que los avances científicos van despojando jirones de leyendas. Las tempranas disputas sobre la interpretación de los poemas homéricos son un buen botón de muestra para caracterizar esta evolución gradual y progresiva, lenta y con retrocesos.

En un primer momento, es el pensamiento racional lo que penetra en el mito y comienza a influir en él. A partir de aquí, van ganando importancia la investigación personal, la introducción del yo en el ámbito del saber y la necesidad de la validez universal de los fenómenos. Inevitablemente, esta evolución lleva al típico optimismo racional de los griegos y a la discusión de las enseñanzas tradicionales recibidas.

En este ámbito, hay que situar las afirmaciones que hace Jenófanes hacia el 500 a.C. Los dioses ladrones y fornicadores provocan su indignación. Los dioses homéricos son hechura del hombre y si los bueyes y leones tuvieran manos modelarían dioses a su imagen y semejanza. Los etíopes hacen negros y chatos a sus dioses y los tracios del norte los conciben con ojos azules y cabello rubio.

La verdad, sin embargo, a juicio de Jenófanes es que existe un solo Dios supremo. Una vez eliminada la explicación literal de Homero como consecuencia de estas críticas comienza la polémica que durará toda la antigüedad acerca de la interpretación alegórica de las leyendas míticas o la explicación racionalista de las leyendas que defiende un fondo histórico al que se han agregado las invenciones de los poetas. Con ello, el mito dejará de ser una explicación de la realidad para convertirse en el ropaje literario de otra cosa como ya sucede en parte durante el siglo V a.C. Igualmente, los propios descubrimientos científicos ponen en peligro el mito.

Una vez reconocida la necesidad natural que producen los eclipses, por ejemplo, el fenómeno deja de estar al arbitrio de un dios personal. Es sintomático a este respecto que a los físicos jonios se les atribuye algún descubrimiento de las leyes naturales que gobiernan los fenómenos de la naturaleza. Los eclipses a Tales, los terremotos, además de la elaboración de un mapa de la Tierra, a Anaximandro, el arco iris a Anaximenes, el fuego de San Telmo a Jenófanes.

La conciencia de la propia personalidad, la importancia de la individualidad son igualmente perceptibles en la filosofía y en la lírica arcaica. Se oye el mismo mundo cuando Arquíloco afirma haber arrojado el escudo en el curso de la batalla y se jacta de que lo más importante ha sido conservar la vida. Cuando Safo reconoce que no hay nada mejor que aquello que uno ama.

Cuando, por otro lado, Heráclito deposita, según se cuenta, en el templo de Artemis de Éfeso un escrito suyo, Acción, que sólo se entiende en el marco de la autoafirmación de la persona. Y cuando Hecateo de Mileto comienza su tratado geográfico y etnográfico afirmando Hecateo de Mileto dice Múltiples y risibles son los discursos de los griegos Mas yo, Hecateo, digo lo siguiente También la forma literaria de las obras de los primeros filósofos documenta cierta mezcla de tradición épica y novedad personal. Unos, como Genófanes, Parménides y Empédocles, han escrito poemas en exámetros o en dísticos elegiacos.

Otros, como Anaximandro I, Heráclito, han reunido probablemente una colección de máximas o han compuesto un tratado en prosajónica. Los comienzos de la filosofía en la parte occidental, es decir, en Italia y Sicilia, tienen un cuño en parte especial. El pitagorismo en el sur de Italia y la llamada, un tanto anacrónicamente, Escuela de Elea, ciudad del sur de Italia también, abren nuevos caminos ausentes en los primeros pensadores jónicos.

La doctrina del número como esencia de todas las cosas, propia de los pitagóricos, además de impulsar la matemática, aunque el llamado teorema de Pitágoras fuera conocido desde mucho antes, conducía a algo muy característico del genio griego, la idea de que el mundo se manifiesta como armonía. Esta idea lleva en sí implícita la astronomía, desarrollada en efecto

por las generaciones siguientes a Pitágoras, sobre todo por Filolao y Arquitas, que no es sino el estudio de la armonía de los cuerpos celestes, así como una ética, una medicina y una política, disciplinas en las que se debían sentar los principios de un orden armónico en la vida individual y social. De nuevo, pues, hallamos la idea típicamente griega de la rigurosa simetría geométrica del cosmos, del universo ordenado.

Esta idea era ya la que presidía el método con el que Anaximandro había trazado su mapa de la Tierra. La armonía cósmica defendida por los pitagóricos explica bien las tres noticias que con seguridad deben ser atribuidas al propio Pitágoras. La doctrina de la transmigración de las almas, los estudios matemáticos y astronómicos y la creación de una asociación organizada de discípulos en torno al mismo Pitágoras.

A finales, pues, del siglo VI y comienzos del siglo V, época en la que debe detenerse nuestra exposición, se ha ensanchado suficientemente el campo de intereses del pensamiento racional griego. Es en esta época cuando ya aparecen disciplinas científicas pronto independizadas, como la medicina con Alcmeón de Crotona y la historiografía. Es en esta época también cuando Heráclito y Parménides se enfrentan y reaccionan ante la tradición que les ha precedido.

Con ellos se cierra una época y a la vez empieza otra.